Francia: Tres despachos sobre la 'dégringolade'

MACIEK WISNIEWSKI :: 20/05/2017

La promesa central del discurso de inauguración es devolverle la confianza al país que empezó a dudar de sí mismo, una retórica vacía que no dice nada de los conflictos reales

El proceso. Van semanas, meses de leer y pensar sobre Francia. Todo el tiempo con un insoportable sentimiento de falta. Se antoja una palabra que lo abarcaría todo. Y de repente… ¡zas! ¡‘ *Dégringolade*’! Viene del francés (caída), pero existe también en polaco o en inglés para hablar de un deterioro moral, material o estético.

¿Cómo pudo uno haberse olvidado de ella? Resulta ser el título –¿qué otro mejor?– de un viejo ensayo de P. Anderson sobre el lento y multifacético declive galo (*LRB*, 2/9/04). Sobre todo de la caída intelectual y cultural. Pero es que Francia también en su época de oro –que coincide con la V República– con la calidad y el volumen de su producción alcanza niveles extraordinarios. ¿Cómo se pasa entonces de C. Lévi-Strauss, F. Braudel, R. Barthes, J. Lacan, M. Foucault, J. Derrida o P. Bourdieu –que casan el pensamiento filosófico-sociológico con la literatura– a la época de la confusión en que B.H. Lévy es “el mejor ‘pensador’” y M. Houellebecq “el mejor ‘escritor’”? Algunos cambios son comunes para otras sociedades occidentales. Otros, particulares. Según Anderson el grado de abaratamiento de la vida intelectual por la política, la corrupción y el gran dinero no tiene paralelo con ningún otro país. Lo mismo aplica a los medios (la caída de *Le Monde* es emblemática). Todo va a la par con el colapso político y económico, pero para Anderson (como buen estudioso de Gramsci que es) tiene más que ver con la hegemonía débil del neoliberalismo en Francia: incapaz de imponerse totalmente está desvaneciendo todo lo sólido de ella poco a poco (véase parte II: *LRB*, 23/9/04).

La corriente. Desde hace 13 años el país está lleno de debates sobre *‘le déclinisme’”*; hoy la discusión que explota con *Francia en declive* (2003) de N. Baverez, sigue. Da lugar incluso a toda una escuela de pensamiento que produce títulos como *El suicidio francés* o *La identidad infeliz* (véase: Página/12, 4/10/15). El declinismo pinta una imagen de Francia decadente a raíz de su vaciamiento cultural. La inmigración, la globalización y sobre todo el Islam contaminan la identidad nacional dicen sus apóstoles como E. Zemmour, A. Finkielkraut, M. Onfray, R. Debray (sic) o M. Houellebecq. En su “*How the french think?*” (2015) S. Hazareesingh analiza las condiciones específicas en que los instintos utópicos de los franceses mutan en pesimismo y derrotismo (p. 250-253), pero lo queda más claro es que lejos de ser una reacción y menos un remedio a la decadencia, el neo-pesimismo es su síntoma, fruto de la misma *dégringolade*.

Es en este marco que S. Sand habla de la muerte de un intelectual francés o al menos de una “cuesta abajo ‘de Zola a Houellebecq’” (“*La fin de l’intellectuel français?*”, 2016, 288 pp.). Si bien se suele enfatizar cómo el declinismo se inscribe en la narrativa del Frente Nacional (FN), ambas partes de la nueva división política en boga (‘nacionalistas’ *versus* ‘globalistas’) se nutren de él: así en las elecciones pasadas Le Pen representa el pesimismo y Macron –el candidato ganador– el optimismo. La promesa central de su discurso de

inauguración es devolverle la confianza al país que empezó a dudar de sí mismo (Página/12, 14/5/17), una retórica vacía que no dice nada de los conflictos reales.

El hombre. Los extáticos '*puff-pieces*' [textos cuasi-promocionales] dedicados a Macron en la prensa liberal durante la campaña (y después) son un género aparte. Allí a menudo su protagonista es culto y sofisticado simplemente porque… es un francés (sic), lee libros y… a los 16 años tiene un romance con su maestra de francés y teatro –su actual esposa Brigitte– (*The Guardian*, 24/4/17). Es incluso un hombre de letras que quiere ser el siguiente gran novelista de Francia, ambición despertada por su amor. Al final se vuelca a una exitosa carrera en la administración, la banca y la política, pero antes escribe tres novelas para el cajón (una sobre los aztecas [sic]). Luego no pierde el contacto con los escritores: Brigitte suele invitar a Houellebecq a sus '*parties*' (*The Guardian*, 14/5/17). Que chulo… Lo único que no se sabe según los *puff*-publicistas es que dado que la literatura francesa del siglo XIX está llena de hombres jóvenes, ¿es Macron un personaje de Stendhal, Maupassant, Flaubert o Balzac? *(Ídem.).*

Ninguno de estos. Macron es –bien apunta E. Jones (*Counterpunch*, 21/4/17)–, Chauncey Gardiner, el personaje de *Desde el jardín* (1971) de J. Kosinski. ¿Cómo pudo uno haberse olvidado de él? Gardiner, igual que Macron es un hombre fabricado de un día para otro por la gente influyente y los medios, bautizado como visionario, aclamado como un genial político y financista y lanzado para la presidencia. Al contrario de Gardiner, Macron no es un analfabeto (tiene excelentes credenciales: Sciences-Po, ENA), pero tampoco es un filósofo (como quieren sus apologetas). Es asistente de P. Ricoeur cuando éste escribe *La memoria, la historia, el olvido* (2000), trabaja con J. Attali en su influyente y nefasta comisión sobre la desregulación de Francia. Pero los contactos con estos intelectuales le sirven para cultivar su carrera, no la mente (véase: *Le Monde diplomatique,* 3/17). Una vez Attali dijo de su ex protegido: un hombre vacío (*Challenges*, 13/5/16). Así es como candidato (con una campaña llena de *clichés* y generalidades); así será como presidente (para que tanto la derecha [iluminada] como la izquierda [cultural] lo puedan llenar de contenido).

Coda. La victoria de Macron, más que el reverso del declive, es su consecuencia y el triunfo de factores responsables por la gradual erosión intelectual y cultural de Francia:

a) de los medios, de la bolsa y de las élites financieras [véase: A. Lancelin, *Agoravox*, 21/4/17 y C. Georgiou, *The Jacobin*, 6/4/17]; b) del neoliberalismo y su aceleración de la cual él es un profeta; y c) de la confusión.

El hecho de que titulara '*Revolución*' (2016) a su libro –en Francia… ¡vamos!– donde expone una visión centrista de la política a fin de estabilizar el sistema (sic) es en sí mismo una señal de la '*dégringolade*'.

Imaginémonos –escribe F. Lordon– cómo alguien que lo hiciera huiese sido recibido en los '70 cuando '*lémédia*' aún no habían adquirido su consistencia: una mezcla de indignación, burla y quebradero de cabeza (*Le Monde diplomatique* blog, 22/11/16).

Hoy es elegido presidente.

@MaciekWizz

_____

https://www.lahaine.org/mundo.php/francia-tres-despachos-sobre-la